

An abstract painting with a rich, textured background of purples and pinks. Large, expressive brushstrokes in various colors (red, orange, yellow, green, blue, brown) create a sense of movement and depth. The composition is layered, with some elements appearing to float or emerge from the background. The overall effect is one of dynamic energy and artistic exploration.

ESCUELA DE POSTGRADO Y EDUCACIÓN CONTINUA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN e IMAGEN
UNIVERSIDAD DE CHILE

HACERSE MUJER

Alejandra López González - Andrea Peña Aguirre
Cecilia Saa Bahamondes - Mónica Peña Ochoa
Tamara Inostroza Moreira - Petruska
Tatiana Acevedo Peña y Lillo - Matilde Zavala
Ale Brito Urrutia - Fran Téllez Ávalos



FACULTAD DE
COMUNICACIÓN
e **IMAGEN**
UNIVERSIDAD DE CHILE

ESCUELA DE
POSTGRADO Y
EDUCACIÓN CONTINUA

HACERSE MUJER

PUBLICACIÓN COLECTIVA A PARTIR DEL LABORATORIO
DE ESCRITURA AUTORAL: FEMINISMOS, CRUCES Y PROCESOS

NOVIEMBRE 2024 - ENERO 2025

FACULTAD DE COMUNICACIÓN E IMAGEN
UNIVERSIDAD DE CHILE

ESCUELA DE POSTGRADO Y EDUCACIÓN CONTINUA

DECANA

Loreto Rebolledo González

DIRECCIÓN ESCUELA DE POSTGRADO
Y EDUCACIÓN CONTINUA EPEC-FCEI

Claudio Salinas Muñoz (Director)

Analía Cortés Torino (Coordinadora EPEC)

CAMILO AGUILAR CUADRA (ENCARGADO EC)

RELATORA DEL CURSO

LABORATORIO DE ESCRITURA AUTORAL

FEMINISMOS, CRUCES Y PROCESOS:

Naomi Orellana

EDICIÓN

Naomi Orellana

DISEÑO

Joan Alegría Montano

PINTURA PORTADA

Constanza figueroa

FACULTAD DE COMUNICACIÓN E IMAGEN
UNIVERSIDAD DE CHILE

HACERSE MUJER

PUBLICACIÓN COLECTIVA A PARTIR DEL
LABORATORIO DE ESCRITURA AUTORAL:
FEMINISMOS, CRUCES Y PROCESOS,
A CARGO DE NAOMI ORELLANA.

Alejandra López González - Andrea Peña Aguirre
Cecilia Saa Bahamondes - Mónica Peña Ochoa
Tamara Inostroza Moreira - Petruska
Tatiana Acevedo Peña y Lillo - Matilde Zavala
Ale Brito Urrutia - Fran Téllez Ávalos

ÍNDICE

8	PRÓLOGO Claudia Lagos
14	ESCUPIR NO ES TAN MALO Alejandra López González
28	NIMOSCA Andrea Peña Aguirre
36	OSCURO AUSTRAL Cecilia Saa Bahamondes
48	BABY SOLTERONA Mónica Peña Ochoa
56	TODAS LAS MUJERES QUE HABITAN EN MÍ Tamara Inostroza Moreira
66	EL DESEO ES EL OLVIDO Petruska
72	LA ÚLTIMA LUZ DE BERENICE Tatiana Acevedo Peña y Lillo
84	UNA MUJER Y SU PISCINA Matilde Zavala
90	FUTURAS Ale Brito Urrutia
96	FUGA Fran Téllez Ávalos
104	SOBRE <i>HACERSE MUJER</i> Naomi Orellana

Alejandra López González - Andrea Peña Aguirre
Cecilia Saa Bahamondes - Mónica Peña Ochoa
Tamara Inostroza Moreira - Petruska
Tatiana Acevedo Peña y Lillo - Matilde Zavala
Ale Brito Urrutia - Fran Téllez Ávalos

HACERSE MUJER

PRÓLOGO

EL BRILLO DE UNAS LUCIÉRNAGAS¹

Claudia Lagos

En una reunión de apoderados de mi hija adolescente, la profesora jefa realizó una actividad colectiva a propósito del día de la madre. Nos pidió, a todos los padres, madres y apoderados presentes que compartiéramos en voz alta un recuerdo -cualquiera, el que quisiéramos- sobre nuestras madres cuando cada uno de nosotros tenía la edad de nuestro hijo o hija (14 ó 15 años). Para quienes nunca han participado en reuniones de apoderados, suelen ser después de la jornada laboral. Todos -o la mayoría, al menos- están/estamos más o menos cansados y algunos han sorteado, con suerte, el tráfico de la hora *peak* santiaguina.

¹ Tomo prestada una oración del cuento “La última luz de Berenice” para titular este texto pues hay algo en los puntos luminosos de las luciérnagas, que titilan y se mueven suavemente, suspendidos en el aire de verano, que imagino como luces de estas autoras y otras que alumbran y entibian la penumbra.

Sentados en círculos, uno por uno, una por una, mencionaron algún momento, evento, experiencia con su propia madre, amorosos, dolorosos, cotidianos o festivos. Mientras pasaba el testigo de mano en mano, incómoda, resolví que no me daba la gana compartir nada de mi relación con mi madre en ese momento, con ese grupo. No porque tenga algún conflicto en particular con todos o con algunos, que no los tengo; no porque no sea amiga de algunos, pues somos amigos con algunos; no porque yo tenga recuerdos especialmente atroces o dolorosos o difíciles de mi relación con mi madre, que no los tengo. No sentí, ni siento, que ése fuera el espacio para hilar y poner en circulación la madeja de los afectos y de mi memoria afectiva sobre un vínculo significativo para cada uno de los allí presentes. Cuando llegó mi turno, dije “paso”.

De allí el valor del espacio creativo y amoroso que se propone el laboratorio de escritura autoral “Feminismos, cruces y procesos”, dirigido por Naomi Orellana al alero de la Escuela de Posgrado de la Facultad de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile. En ese espacio experimental, escritural, Matilde, Alejandra, Andrea, Cecilia, Fran, Tatiana, Tamara, Ale, Mónica y Petruska tejieron eso que Anita Tijoux canta en “Sacar la voz” (2012): *Liberarse de todo el pudor / Tomar las riendas, no rendirse al opresor / Caminar erguido, sin temor / Respirar y sacar la voz.*

Hacerse mujer, publicación colectiva de este laboratorio, reúne las voces de mujeres de distintas edades (nacidas entre 1973 y 1999), que ejercen distintas profesiones u oficios y que tienen diversos intereses, incluyendo la escritura; que nacieron, han vivido o viven en distintos confines en Chile,

pero también algunas fuera de esta patria que, a veces, puede ser esa madre amorosa, húmeda, tibia, del cuento de “Todas las mujeres que habitan en mí”; pero también puede ser esa patria en que se parece al “frío invierno que era mi padre”, descrito en “La última luz de Berenice”.

Las diez voces reunidas en este volumen transitan por distintos registros y géneros, como poesía, escenas de teatro, narrativa y referencial como el diario. Prevalece la primera persona como aquella que articula la acción, las emociones y, evidentemente, el punto de vista. Estos textos exploran el cuerpo y nuestras (in)satisfacciones con éste (“no soy tan bonita... mis caderas. Eran grandes, voluptuosas, sobresalientes... Era un rito sagrado enterrar mis uñas sobre la piel y fantasear que mis excedentes no existían”, susurra la protagonista del cuento de López). Las protagonistas están, también, en distintos momentos vitales (“A los quince años, el sol siempre está de tu lado”, como nos recuerda el texto “El deseo es el olvido”).

Hay deseos frustrados o no correspondidos o extraviados o robados (en López, Petruska, Zavala y Peña, por ejemplo). Los cuentos “Escupir no es tan malo” y “La última luz de Berenice” evocan los abusos sexuales considerados “accidentes” atribuidos a la borrachera, retratan la revictimización (“¿no le dijiste nada?, ¿por qué no lo empujaste?”) y la experiencia intergeneracional compartida (“yo también pasé por eso”, “¿Por qué nací mujer?”).

Este conjunto de trabajos navega, también, las experiencias de clase que intersectan las trayectorias vitales de ser mujeres. La desigualdad de clase *vivida, comprendida* que

nos recuerda la persistencia de la desesperanza aprendida y de la segregación de los espacios que habitamos y que recorreremos (o se nos permite recorrer). En la voz de la protagonista de “Nimosca”, esto es evidente: “Ahí supe que había lugares mejores que otros... sin saber bien quién definía... cuál era mi lugar en ese mundo que ahora tenía más capas que ayer”. La protagonista y narradora de ese cuento toma consciencia de que hay lugares (físicos, geográficos, de esparcimiento...) distintos a los que conoce y advertir eso parece abrirle ventanas a “una dimensión alternativa”.

Como describe Naomi Orellana en su texto para este volumen, el ejercicio escritural arrancó con la excusa o motivación del “Me acuerdo...” de Joe Brainard. Sin embargo, no debemos asumir que se trata de textos autobiográficos. Pero permítaseme imaginar que sí es posible advertir geografías (epocales, territoriales, climáticas, habladas) que, intuyo, son posibles gracias a la multiplicidad de locaciones en las que están/transitan las autoras de *Hacerse mujer*. A modo de ejemplo, al leer “Oscuro austral” puedo ver “la oscuridad austral” de la que habla y *siento* en mi piel cómo “pegaba el viento”; sé, también, que decir *Serena* en vez del nombre oficial de la ciudad, La Serena, en “Baby solterona”, no es un error si no que es pura habla cotidiana y coloquial.

Hacerse mujer y las diez voces que compila el libro se enreda con lo que algunas autoras han llamado el hilo rojo del feminismo; es decir, trayectorias, hablas y escrituras tejidas colectivamente en el tiempo. Honra, también, lo que ha dicho Gloria Anzaldúa. Eso de olvidarse del cuarto propio, de “escribe en la cocina, enciérrate en el baño. Escribe en el autobús o mientras haces fila en el departamento de

beneficio social o en el trabajo durante la comida, entre dormir y estar despierta”. Parafraseando a las autoras de este volumen, hemos nacido para ser libres (Téllez) y contenemos muchos futuros en nuestros cuerpos (Brito). Abrazo esta contribución de la Escuela de Posgrado de la Facultad de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile y sueño a que se multiplique.

Alejandra López González nació en 1999 en la comuna de Cerro Navia, Chile. Es profesora de Castellano, escritora y feminista. En 2016 publicó su primer cuento “Mi negrito”, a través del Segundo Concurso Interescolar de Escritura Creativa, organizado por la Universidad Andrés Bello. Desde entonces ha explorado y experimentado con la creación de una prosa híbrida, fusionando los géneros narrativo, lírico y dramático. Su obra se enfoca en dar voz a los relatos de protagonistas femeninas, explorando vivencias, emociones y luchas en un contexto social complejo.

Instagram: @haleconhache

ESCUPIR NO ES TAN MALO

Alejandra López González

ESCUPIR NO ES TAN MALO

El sol era atterradoramente cálido en aquel verano. Había salido del colegio y, junto a mi familia, habíamos planificado unas vacaciones por dos semanas. Elegimos el campo, como en cada año. Mientras viajábamos en el bus, observaba los árboles, aún verdosos. Mi mirada se perdía en las praderas, tan lejanas y a la vez tan visibles. Me imaginaba a mí misma caminando entre las siembras, palpando los trigos y destruyendo sus frutos con mis uñas.

Mi madre me tomaba la mano y ambas apoyábamos nuestras molleras para demostrarnos afecto. Ella siempre me besaba la frente y me recordaba lo grande que estaba. Yo me avergonzaba y le sonreía agachando mi cabeza. *No soy tan bonita, le decía yo. Las niñas de mi colegio son más delgadas y tienen menos tetas.* Mi madre me lo negaba una y mil veces. De cierta forma, me angustiaba que tratara de convencerme.

Cuando llegamos al campo, observé de lejos aquella casita de madera que me acompañó durante mi infancia. Ahora habían hecho extensiones para las habitaciones, también arreglaron el suelo de tierra y colocaron cerámica. No había terminado de explorar la casa cuando, desde afuera, escuché la bocina de un auto. Había llegado mi tío. Me

tomó de la cintura para abrazarme. Me pidió que acercara su nariz con la mía. No quería en realidad. Nunca me ha gustado que se acercara a mi cara. Me decía que ya no lo quería, que ahora que estaba grande me daba vergüenza saludarlo. No era eso, le decía yo. Se hizo el enojado y me sentí ridícula. Accedí a su saludo.

Pasaron los días y no podía evitar sentirme incómoda. Cada tarde que íbamos al río, me bañaba y me cambiaba de ropa detrás de un árbol. Miraba mis pechos y los apretaba molesta por su tamaño. Cuando escuchaba ruidos, dejaba de tocarme y me ponía una toalla que rodeaba mi torso. Siempre era mi tío. Me decía que no me tapara, que él me había visto cuando chica. Lo miré dudosa. Ahora es distinto, pensaba yo. Corrí hasta donde estaba mi mamá, observó de lejos a mi tío y me dijo que me tapara las piernas.

Luego de cada hora de almuerzo, iba al baño para observarme en el espejo: era gigante. Contemplaba mis caderas. Eran grandes, voluptuosas, sobresalientes. Luego miraba mi vientre abultado. Tomaba los pliegues de piel para calcular cuánto espacio me sobraba. Generalmente, los brazos, la entrepierna y la cintura eran un problema para mí. Era un rito sagrado enterrar mis uñas sobre la piel y fantasear que mis excedentes no existían. Hundía con fuerza los dedos sobre mi cuerpo y presionaba hasta sentir dolor. No quería crecer más.

En la segunda semana de vacaciones, conocí a un joven que fue a dejar una bandeja de huevos a la casa. Tenía la misma edad que yo. Era moreno, delgado y con grandes ojos. Me gustaba. Mi mamá se dio cuenta y lo invitó a que viniera al día siguiente. En la noche, jugamos a las escondidas junto

con mis primos y él. Me aterró cuando lo vi escondido junto con mi prima, que era muchísimo más delgada que yo. La abrazaba de la cintura y le contaba chistes para que se riera. También los ví besándose. Me fui en silencio hacia la casa. No quería jugar más.

De pronto, el silencio se sintió cómodamente punzante desde algún lugar de mi cuerpo. La falta de palabras fue mi abrazo mortal. Se sintió como un callejón sin salida, porque al otro lado estaba yo.

ESCENA 1

“¿CÓMO PODAR UN BONSAÍ?”

La escena se desarrolla a plena luz del día, en un campo. En el fondo, una familia compartiendo animosamente un almuerzo. Hay una extensa mesa de dos metros con alimentos encima de ella. Se oyen carcajadas. La VÍCTIMA, en el rincón de la mesa con un rostro desanimado y pálido pide permiso para tomar una siesta, dejando su plato a medias. El VICTIMARIO, con ojos saltones y expresión preocupada, le sigue en el camino.

VICTIMARIO: Oye, sobrina, quería hablarte de algo...

VÍCTIMA: *(silencio)*.

VICTIMARIO: Es que... quería disculparme contigo por lo de ayer. No recuerdo mucho lo que pasó. Estaba copeteado. Me descontrolé.

VÍCTIMA: *(no responde)*.

VICTIMARIO: Y si te hice algo, de verdad, perdóname, es que el trago me hace actuar así.

VÍCTIMA: *(desconcertada)*:

VICTIMARIO: ¡Oye, dime algo por último! *(la codea con simpatía)*

Se escucha un vaso que cae al suelo y se quiebra. Un estruendo. La familia reacciona inmediatamente debido al objeto.

VÍCTIMA: *(silencio)*.

VICTIMARIO: Bueno, una última cosa.

VÍCTIMA: *(turbada)*.

VICTIMARIO: No le cuentes a tu mamá, por favor.

VÍCTIMA: *(descolocada)*.

VICTIMARIO: No quiero que mi familia se destruya por este accidente. No le cuentes a nadie ¿ya? No creo que quieras que mi matrimonio se destruya y tus primos sufran.

VÍCTIMA: *(silencio)*.

VICTIMARIO: Vamos a la mesa, mejor será. Van a pensar que te hice algo *(la forcejea)*.

VÍCTIMA: ... Qui... Quiero quedarme sola (*se suelta del forcejeo con disimulo*).

VICTIMARIO: Bueno, pero cambia la cara, por último, para disimular (*le toca las mejillas con suavidad*).

VÍCTIMA: (*le esquiva las manos moviendo su cara hacia otro lado*).

VICTIMARIO: Ya, me voy a terminar el almuerzo. Cambia la cara, cabra lesa (*regresa a la mesa familiar*).

VÍCTIMA: (*silencio*).

La VÍCTIMA queda paralizada en un rincón del escenario y se encoge hasta quedar en el suelo, en posición fetal. Las luces la enfocan meramente a ella. O, ¿a mí? De pronto, comienzo a llorar progresivamente. Luego me levanto con lentitud, incorporando gritos de rabia. Me odio a mí misma. Soy cómplice de un crimen. Atento contra mí. Arranco mis cabellos y me autolesiono. Me despojo de la ropa con asco. Me observo frente al espejo. Lloro y grito profundamente. Voy hacia una tina y lavo el cuerpo de la muchacha desesperadamente. Las manchas no se van ¿Por qué me duele la garganta? Las luces se apagan lentamente.

ESCENA II

“RECUERDO DE UN SOLILOQUIO QUE DIJO UNA VEZ UNA
MADRE”

La escena transcurre en un baño. Entra la MADRE con rapidez, tomando con brusquedad el brazo de VÍCTIMA. VÍCTIMA se sienta en la taza del baño con la mirada perdida.

MADRE: ¿Cómo es eso de que el tío te tocó? ¿Qué te hizo? ¿Cuéntame! ¿Te besó también? Ah, ya, pero no te penetró ni nada. No fue mucho. No pongaí esa cara, yo te dije en un comienzo que no fuera para allá con él. Tú sabes que los hombres se ponen así con el alcohol. Es que a ti te gusta buscar la tontera ¿Por qué fuiste? Yo te dije que era de noche y que te quedaras conmigo, pero tú dele y dele con que querías salir con tus primos a visitar al muchacho que te gusta. Yo te pasé una linterna para que no te diera miedo la noche, eris tan miedosa. Apuesto a que tus primos te asustaron en esa parte donde están las flores del campo y te aferraste a tu tío. Tú sabes cómo son tus primos, son bromistas ¿Después qué? Ah, obvio que tu tío les iba a pasar la linterna a ellos para que se fueran adelante si total, a él no le da miedo la oscuridad ¿No le dijiste nada? ¿Por qué no lo empujaste? ¿Por qué no te defendiste? Eris tan tonta a veces. Tú misma lo permitiste. No creo que se te ocurra decirle a tu tía. Vas a hacer que se separen definitivamente. Piensa en tus primos también, ¿qué van a pensar de su papá? No rompas a esa familia por tu egoísmo ¡Y ni se te ocurra contarle a tu papá! Ahí sí que vas a destrozarle el corazón. Quedaría la grande en la familia. Ya, hija, no llores, vamos a salir de esta (la toma entre sus brazos). Te amo, hija, no llores (la besa en la mollera repetidas veces). Yo también pasé por eso. Nunca más te alejes de mi lado. No quiero que me ocultes las cosas. Dime todo lo que te ocurra, siempre, siempre, siempre.

La MADRE continúa besando a su hija con lágrimas en sus ojos. De vez en cuando, desprendo un grito ahogado. Trago saliva una y otra vez. Las luces se apagan lentamente.

ESCENA III

“ESCUPIR NO ES MALO”

Hay un gran escenario al fondo. Con letras grandes y doradas se logra distinguir “LICENCIATURAS”. Al costado derecho un podium y un anfitrión vestido de terno y corbata. Hay apoderados por todas partes caminando de un lado para otro estrechando los brazos a sus hijas. La MADRE se encuentra sentada esperando a su HIJA.

ANFITRIÓN: *(Con voz solemne)* Damos por finalizada la ceremonia de Licenciaturas año 2017 *(se retira junto con una carpeta)*.

MADRE: ¡Hija! ¡Aquí estoy! ¡Aquí! *(levanta las manos y las agita con entusiasmo para llamar la atención de su pupila)*.

HIJA: ¡Mamá! ¡Mami! ¡Lo logré! *(se abalanza a los brazos de MADRE)*.

MADRE: ¡Sí, mi amor! ¡Lo hiciste!

HIJA: ¿Y papá?

MADRE: *(Silencio)*

HIJA: Entiendo...

MADRE: ¿Vamos a casa?

HIJA: Bueno.

Ambas se toman del brazo para salir del lugar. La escenografía desaparece y todo se oscurece. MADRE e HIJA caminan con tranquilidad por la oscuridad con una luz tenue que les ilumina.

HIJA: Tengo miedo.

MADRE: Yo también (*le toma la mano a su hija y caminan al centro del escenario*).

Una se posiciona frente a la otra. Quitan sus prendas de vestir sin dejar de observarse. Al finalizar, se contemplan desnudas. Se ríen. Lloran. Se escupen. Vuelven a vestirse. Se confunden de prendas y discuten. Arrancan sus vestimentas del cuerpo con violencia y quedan nuevamente desabrigadas. MADRE llora como una niña pequeña y se soba los ojos, luego se encorva hacia el suelo. HIJA se acerca para peinarla con sus dedos y hacerle una trenza. Casi al terminar, MADRE le quita las manos con brusquedad y deshace el decoro. HIJA toma las prendas y la viste con delicadeza. MADRE se levanta erguida y observa a su HIJA desnuda.

MADRE: Tu papá te dejó unas flores blancas.

HIJA: Gracias (*Abraza a su MADRE y la besa en la mejilla*).

MADRE: No olvides que te amo (*le dice mientras mantienen el abrazo*).

Ambas se retiran. Yo también me retiro de la escena. Tengo ganas de gritar. Las luces se apagan lentamente.

MANIFIESTO
DE UNA GARGANTA

En las flores del campo
escupo tu nombre

En la soledad de mis andanzas
me invaden los pensamientos
donde se repite una y otra vez
tu sombra de hombre

Cuerpo lastimado y mutilado
embestido por tu maldad

Mi inocencia
intransigente
sueña con
la / otra justicia

Maldita justicia
tú, que manchas mi nombre
culpas mi sexo
mi cuerpo
mis caderas
mis pechos
mis cavidades
mis fluidos
y sangre.

Intentaste la paz
con mi eterno silencio
Suéltame, mierda
me hago justicia yo sola
recojo mis culpas
y las destruyo
con la yema de mis dedos

Soy virtud y consentimiento
soy sangre y hegemonía
no soy la extensión de tus mierdas

Soy yo misma sin que hayas profanado contra mí
soy yo sin tu “hombría”
no soy tus lujurias

Soy mi propio sueño erótico
soy mi humedad exquisita

No me hacías falta
nunca te necesité dentro mío
nunca necesité sentir

Maldigo tu nombre
escupo tu nombre
hasta el fin de tu miserable existencia

En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo

Amén.

Andrea Peña Aguirre nació en Punta Arenas, un jueves de luna llena, en 1983. Estudió periodismo soñando vivir aventuras y escribir historias fascinantes. Nunca trabajó en un periódico, pero sigue buscando relatos que hilar, los que tienden a brotar cada vez en lugares más inesperados.

NIMOSCA

El Carlos agarró la bicicleta y partió rápido. Todos nos dimos cuenta que iba al otro parque, al que quedaba un poco más lejos de la casa. A veces nos atrevíamos a cruzar para ese lado, a caminar porque sí, buscando más allá de los límites de nuestro territorio conocido. Lo seguimos con entusiasmo, con curiosidad, unos pedaleando, otros corriendo detrás.

“No pasan ni las moscas en este parque”, dijo la Lorena, y quedó así bautizado: Nimosca. “¿Ninoska, será?”, dijo mi mamá, pero no, y tampoco le contamos la historia, sin sentido pero compartida por el grupo, que daba identidad a ese espacio que nos parecía tan especial.

En ese parque de barras amarillas los columpios eran más altos y estaban siempre libres. Había en él algo ajeno, en la aventura de salir del parque de todos los días, cruzar la avenida y llegar a ese espacio contenido por sus casas de dos pisos, que eran como bloques de hormigón, cada una de un color distinto, con sus techos de teja, y aire entre una y otra.

Era como adentrarnos en un territorio que, sin estarnos explícitamente prohibido, olía a pertenecer a “gente más”. ¿Más qué?, supongo que en ese momento no podíamos definirlo. “Más pudientes”, diría mi mamá, “más pitucos”, dijo

la Maca. En la práctica, gente con parques más desocupados y con columpios más altos, con barras paralelas metálicas y pintadas de amarillo, no como los juegos de tronco seco de nuestra multicancha.

Cruzábamos sus límites con cuidado, casi con reverencia, pues intuíamos en ese espacio algo que lo hacía solemne. Quizá tenía que ver con el silencio de ese parque infantil, vacío a pesar de sus balancines con asiento de madera y sus árboles con nidos de pájaros, ¿acaso no había niños en las casas de bloques de colores? Había perros, sí (por lo menos), pero ninguno trató de mordernos, ni porque la Maca olía a perro, ni porque nosotras olíamos a gato.

En ese parque, una isla verde cercada por su cordillera de colores, nos sentíamos como en el exterior, en una ciudad más grande. Lejos de la villa y sus casas apretadas, y sus juegos de madera, y sus calles con hoyos, y su parque con moscas, y sus yuyos amarillos que ensuciaban el pantalón.

Fue ese lugar la caída a una bifurcación del pensamiento. Una primera disrupción a un mundo generalmente homogéneo donde todos compartíamos similares problemas, riquezas y vacíos. Donde todas las familias compraban para la once la misma bolsa de medio kilo de pan en el negocio de don Miguel, y a todos nos mandaban a comprar la misma botella de bebida retornable para el almuerzo del domingo. Ese parque de barras amarillas era una ventana a un mundo distinto, un mundo que compartía nuestro suelo, pero en una dimensión alternativa ¿Más alta?, ¿más sutil?. Tal vez sólo más limpia, más aireada.

Ahí fue sembrada la semilla de la idea que años más tarde cambiaría todo, destruyendo mi mundo ordenado y dócil de escolar bien portada de moño apretado. Ahí supe que había lugares mejores que otros, y que había gente que habitaba esos lugares mejores. ¿Qué otros accesos, espacios, dimensiones había allá afuera sin que yo supiera de su existencia?. Ahí, por primera vez, sentí que me estaban dejando fuera.

Por culpa de ese parque y de la bicicleta del Carlos, mi vida perfecta, cómoda y simple de niña de barrio medio dejó de ser suficiente ante la idea de todo lo que me estaba perdiendo, no solo los parques con árboles y columpios limpios, sino esos espacios más sutiles, más simbólicos del sentido y del poder.

Quería que ese parque fuera el mío, sin saber bien quién definía qué parque era el mío, qué colegio me tocaba, cuál era mi lugar en ese mundo que ahora tenía más capas que ayer. La respuesta superficial apuntaba a mis padres y sus decisiones cotidianas, pero ya intuía que el acceso a las capas superiores del mundo estaba marcado por una estructura más grande, más pesada, más sólida que nuestras decisiones familiares.

Colgando de cabeza de las barras amarillas apareció, por primera vez, la pregunta: ¿tendré derecho a estar acá?. La liviana solemnidad del lugar se volvió más densa, como esa sacralidad excluyente que nos impedía entrar a la sacristía de la capilla antes de hacer la primera comunión. Al aterrizar en el pasto recién cortado, una sensación de pequeñez fue haciéndose inmensa.

Mientras me bajaba, junto con mi cuerpo cayó la certeza de que en el mundo había lugares que, sin carteles, ni perros, ni guardias, tenían una marca que los hacía prohibidos, que establecía que eran mucho para mí, para los míos, para los como yo, para *las* como yo.

Dentro de mí, a codazos se batía la lucha entre el deseo de pertenecer a ese parque de barras amarillas, y la angustia recién descubierta de no ser suficiente para alcanzar eso que deseaba.

Miré alrededor buscando una mirada inquisitiva, unos ojos entrecerrados, un ceño fruncido. Miré con susto, metiendo un poco el torso hacia el lomo, ocultando la cara entre los hombros de esa polera naranja que no me dejaba pasar inadvertida. No encontré la mirada, pero la sentía firmemente. Quizá estaba tras unas cortinas. Quizá venía doblando la esquina en uno de esos autos tan limpios. Quizá se estaba afincando dentro mío, pesada y firme, triunfante, para enseñarme mi lugar.

¿Por qué no me rebelé a ella en ese momento?, ¿por qué no seguí jugando y, en cambio, la dejé instalarse tan cómoda y absoluta, tan soberana? Creo que la reconocí cercana, familiar, espejo de la mirada instalada desde hace generaciones en mi madre, y en su madre, y en la madre de su madre. Mirada que me pinchaba entre los omóplatos con la voz de todas mis abuelas y me decía: “No vuelas tan alto, que más duele la caída. Acepta que hasta acá llegas, este es el límite, este es tu lugar”.

Había demasiadas dudas instalándose, apretadas como las casas pareadas de mi barrio de todos los días. Y ahí estaba yo,

inmóvil, con los ojos bien abiertos, agazapada bajo las barras, tratando de que nadie me viera a pesar de la polera naranja.

“Más fome este parque”, dijo la Lorena, que quizá sentía lo mismo, o quizá sólo se aburría en esa tarde de domingo infinito. Yo solté el aire que no recordaba haber estado reteniendo. “¿Vamos a la multicancha, mejor?”, secundó mi hermana, sacudiéndose la tierra de las rodillas peladas luego de aterrizar sin gracia desde un salto de columpio.

La Maca agarró su bicicleta amarilla, yo mi bicicleta roja. El Carlos salió más rápido, como siempre.

Dejé que la tribu me guiara, que definiera mi lugar.

Bajamos haciendo carreras por la avenida, el perro de la esquina nos ladró fuerte. Cuando llegamos, los yuyos amarillos estaban como siempre, entre los juegos de troncos sin pintar.

Ahí nos quedamos hasta que atardeció.

Nace en 1976, en San Felipe. Durante 1997 se trasladó a vivir a la ciudad de Punta Arenas, donde actualmente se desempeña como funcionaria pública de la Fiscalía Local. A partir de 2020 empezó a escribir y tomar talleres de escritura, recibiendo diversos reconocimientos regionales. Fue seleccionada con sus cuentos para la revista Clan Kutral y Mal de Ojo y para el libro internacional de microficción titulado Contra Toda Violencia, el 2023. Actualmente escribe la columna Seltas de Trenzas en la revista Fem Patagonia. El año 2024 obtuvo el Primer Lugar Nacional en el concurso de microficción Fiscalía en 25 Palabras.

OSCURO AUSTRAL

Cecilia Saa Bahamondes

OSCURO AUSTRAL

Los recuerdos de la llegada a esta ciudad me golpean uno a uno sin pausa. Mi madre dice que debo sobreponerme, mientras que otros, que me debo medicar. Todos dicen, todos opinan. Insisten en poner su atención en cada paso que doy y yo sólo deseo escapar y correr descalza sobre la nieve, hasta que el hielo agriete las plantas de mis pies y los hiera; y así sentir que el dolor físico me resucita y me convierte en la persona que me olvidé de ser.

Acostumbraba pensar que el centro de la ciudad era una especie de rompecabezas que escondía tesoros nuevos en cada esquina. Para mí era un paraíso de rutas misteriosas que me empecinaba en recorrer, sacando fotografías mentales de la arquitectura, para luego exponerlas en mis clases de la facultad y sorprender a mis compañeros con nuevas rutas. Sentía un impulso incontrolable al caminar por el pavimento a pesar del fuerte olor a orina y alquitrán, el cual muchas veces parecía irritar la nariz con su espesor. Pero ese olor que para algunos era tan desagradable, a mí me transformaba. Hacía que me camuflara en el paisaje descubriendo casonas antiguas o museos coloniales. Acostumbraba a caminar por horas tratando de equilibrarme sobre aquellos adoquines desnivelados, que recordaban un

Santiago de otra época. Aprovechaba los rincones oscuros y escondidos para besarme con Emilio. Él siempre fue mi compañero de ruta, quien tomaba mi mano sudorosa y no la soltaba hasta regresar a casa y divisar los edificios de la villa. Esos monstruos cuadrados nos daban la bienvenida, imponiéndose con los puentes que simulaban ser brazos que sostenían el concreto.

Cuánto extraño ese lugar que me recibía con esos murales gigantes dibujados por las brigadas furtivas de los ochentas. Si hubiese sido más osada, seguro habría sido parte. En ese entonces, no era propicio alabar ese tipo de arte por temor a ser tachados de comunistas. Hasta en el arte se sentía el miedo. Sin embargo, por más que tratábamos de no ponerles atención, ningún vecino se atrevía a borrarlos por ser el símbolo máximo de nuestras rebeldías internas. La paloma de la paz o el puño firme en escorzo clamando justicia eran la muestra de un pequeño acto de valentía al mantenerlos intactos. Entre esos edificios solíamos juntarnos a conversar por horas con los amigos. Nuestras carcajadas producían un eco ensordecedor que recorría los pasillos de los blocks. La luz del atardecer se colaba tan cálida entre los puentes, que hacía irresistible permanecer allí hasta la noche. Los vecinos salían a retarnos por el ruido excesivo y nos arrancábamos riendo fuerte y sin parar. Aún siento el eco de las risas azotar las paredes hasta dispersar nuestras voces. Ese eco alegre que resuena en mi memoria y me abstrae de la tristeza que hoy me acompaña, pareciera ser un grillo que viene al rescate con recuerdos.

Me he sentido derrotada por un largo tiempo. Trato de aferrarme a mi ciudad natal para tener la voluntad de

continuar con mi vida y pretender que todo estará bien. La decisión de refugiarnos en la Patagonia la tomó Emilio, yo lo seguí al poco tiempo. Yo siempre veía en él una figura fuerte, capaz de movilizar a todos a su alrededor con solo mirar directo a los ojos. Sentía un amor tan incondicional y una profunda admiración, que se me hizo difícil renunciar a su compañía. Tierra del Fuego fue el destino elegido, donde decía que un tío lo recibiría y le daría trabajo esquilando ovejas. Pero... ¿Qué sabía Emilio de arrancar lana? ¿Qué sabía de la oscuridad austral? ¿Imaginaba que cuando pegaba el viento, se sentía como si la piel se rasgara capa por capa? Ahora juzgo su actuar donde me quedé anclada, viviendo de suspiros juveniles sin estar consciente de mi determinación. Había leído sobre ese lugar en mi infancia, en el libro *Perico Trepa por Chile*, y pensaba que era un lugar inexistente en nuestro país, que habitaba en la imaginación de las autoras. Mentalmente hice el viaje con Perico. Recorrí a través de las páginas de roneo sus aventuras infantiles, conociendo lagos y fiordos, embarcándome en naves misteriosas, sin saber que años más tarde, me encontraría arraigada en ese lugar, atrapada en su interminable y desolada geografía.

Fue trágico cómo todo cambió abruptamente a fines de enero del 88, luego del bombazo. Esa noche ayudaba a mamá en la casa luego de haber salido toda la tarde con Emilio. No lo quería dejar escapar, quería comerlo a besos, no soltarlo. De repente, todo se remeció. ¡Otra vez temblando! Pensé y corrí hacia el marco de la puerta, lugar seguro según decía mi abuela. Pero nada se movía, sólo se sintió un estruendo y se vio desde lejos el humo arrancar por un hueco del block diez, dejando un agujero que traspasaba el departamento

409. Algunos vecinos salieron a ayudar sin pensarlo. Otros como nosotros, fuimos más cautos y preferimos observar detrás de las cortinas. Ahí vivían los amigos de Emilio así que pensé lo peor. Quería correr, verificar que todos estuvieran bien. Pero tuve que tratar de calmar mi ansiedad ya que los rumores decían que los muchachos del “Frente” habían errado en el armado de sus artefactos. Pero había otro grupo, los más reticentes, quienes señalaban que fue un atentado en contra de la resistencia de la Villa. Pasada la medianoche, Emilio tocó la puerta con tres golpes como lo hacía siempre cuando se despedía tarde, pero esta vez fueron golpes de mayor intensidad. Llevaba una mochila y un cambucho con dos panes con mantequilla y mortadela para el camino. Ahí me explicó que se iba al sur, que no podía darme más detalles, pero que debía confiar en él. Emilio tenía tal magnetismo en su discurso que en ningún momento dudé de él. Siempre fue convincente y asertivo. Por lo mismo, no tuvo necesidad de volver. Nunca imaginé en cuánto cambiaría mi vida después de aquella decisión. La noticia del día siguiente fue que tres jóvenes habían muerto producto de la explosión. Nadie habló, nadie preguntó, sólo hubo rumores de que en los jardines aledaños se encontraron restos de carne humana adheridas a las matas. Un espectáculo “dantesco” dijo el presidente de la junta de vecinos por ese entonces. Los rumores de pasillo fueron imparables por semanas. Pero era imposible hablar abiertamente del tema ya que la villa fue tomada por las fuerzas de inteligencia que rápidamente se posicionaron por meses en el lugar, observando cada uno de nuestros pasos.

La ciudad austral me recibió entrando el otoño. Viajé casi tres días en bus para llegar. La mayor parte del viaje la

hice cruzando la pampa Argentina. Cada kilómetro se hizo largo y tedioso. Los valles con escasa vegetación eran interminables y las pocas veces que bajé a descansar, el viento no me dejó en paz. Parecía querer despegar mis pies del suelo, empujarme lejos de mi destino. Ahora pienso en perspectiva y siento que el viento me advertía que me devolviera, que detuviera mi viaje y lo pensara mejor. Pero en mi mente sólo deseaba sentir cobijo en los brazos de Emilio, que seguro me esperaban deseosos.

Tengo recuerdos intermitentes del día de la llegada. El cruce en barcaza para alcanzar Tierra del Fuego nos tomó casi cuatro horas al ritmo de un vaivén agitado, impulsado por el rugir de un viento sonoro entre las aguas revueltas del Estrecho de Magallanes. Mis carreras al baño fueron frecuentes durante todo el viaje. Vaciar mi estómago, se convirtió en un ejercicio que vaticinaba muchos de los cruces que tendría que hacer en barcaza a través de mi historia. Fue extraño nuestro encuentro, un abrazo apurado en medio de una voladera de techos que nos llevó a refugiarnos de forma inmediata. Así son los encuentros en la Patagonia, hay que capear el viento y el frío, no hay tiempo para los arrumacos, dijo Emilio sosteniendo una sonrisa un tanto cortada. Los días que siguieron se tornaron invisibles. Atrás quedaban las rutas de la ciudad, se convirtieron en un paisaje ajeno, donde el cielo y la tierra se hacían uno, formando una amplitud tan grande que se podía divisar cualquier detalle a kilómetros. La noche llegaba pronto, las mañanas se hacían eternas. La oscuridad parecía querer reinar en cada ventana. Vivíamos en una casa compartida con otras personas, quienes hacían labores de campo. Me sentía extraña en medio de esa gente que de

un día para otro se había convertido en parte de mi vida. Emilio hablaba poco, siempre parecía estar preocupado y alerta. Ni rastro quedaba de su risa contagiosa, ni de su parsimonia al hablar del futuro, ni menos de su capacidad de atraer masas con su retórica. Habían sido cortos meses separados, pero lo suficiente para no seguir siendo aquellos universitarios soñadores, que aplanaban la Alameda en busca de identidad.

Cierta noche el susurro de las voces me despertó. Había algunas caras conocidas de la misma casa, incluido Emilio. Pero había otras tres personas que nunca había visto antes. Eran jóvenes, se notaba que no pertenecían al campo. Al parecer miraban un mapa y daban instrucciones a los demás. El resto asentía en silencio y observaban atentos. Miré a través de la puerta entreabierta, pero no entendía bien lo que decían. Sólo se escuchaban murmullos que se dispersaron entre el silbido del viento, que soplaba remeciendo las latas de la casa. Me quedé inmóvil a la espera de que Emilio volviera a la cama. Esa noche, al acostarse, sentí la dureza de su cuerpo rodearme con rigidez. No por excitación, sino más bien por una tensión desmedida recorriéndolo, como cuando algo le preocupaba sobremanera. Hundió su cara en mi cabello suelto, pude sentir como su aliento caliente se escapaba con largos suspiros. Esa noche dormimos amarrados el uno al otro. El mundo quedó en pausa, mientras nuestros sueños trataban de encontrarse en medio del trance onírico en el que cada uno circulaba.

Emilio no alcanzó a llegar al departamento cuando explotó. Me lo confesó esa mañana. Se había retrasado porque lo entretuve con mis besos y el estruendo lo sorprendió a

unos metros antes de llegar. Siempre tuve la sospecha, pero él evadía mis preguntas cada vez que lo presionaba. Pudo haber sido el cuarto en morir. Su carne podría haber sido regada entre los retamos de los jardines. Su sangre pudo haber sido derramada entre los puentes de la Villa que tanto recorrimos. La revelación me paralizó, mi mente se dispersó entre imágenes de nuestra vida juntos e imágenes de lo que podría haber sido ese día, si trágicamente la historia hubiera sido otra. Esa tarde vinieron los mismos desconocidos de la noche anterior en una camioneta a punto de desarmarse. Emilio empacó sus cosas. No respondía a mis preguntas y cuando trataba de hablarme, su garganta se apretaba y no dejaba escapar sonido alguno. Nos abrazamos por un rato largo, y lo vi partir.

Se supone que el destino era Argentina, pero ni siquiera yo podía saberlo. Mi vida parecía detenerse en el tiempo, sentía una espada atravesarme y convertirme en miles de pedazos flotantes que no lograban conectar. Sabía que mientras menos preguntara, sería mejor. Así que lo dejé partir en medio de lágrimas que derramé por horas. El destierro era inminente. Los militares estaban en camino y él tenía dos opciones, arrancar o morir. En ninguna estaba yo, así que desaparecí del presente y vagué por los campos hasta dejar de sentir su aroma, que no abandonó nuestras sábanas.

Me quedé en la pampa a esperar. Esa espera que nunca terminó, que me convirtió en mujer adulta y me desgastó tanto que hoy apenas me deja salir de la cama. Lo busqué en cada tramo de esta tierra. Hice amistad con los solitarios ovejeros que me traían noticias del país vecino. Acaricié

los inviernos nevados, reviví en cada primavera a la espera de su encuentro. No hubo cartas, no hubo mensajes. No había rastro. Fue una cara impresa en un cartel como tantos otros. Me perdí en la tristeza de mi interior y la pampa fue mi refugio. Aguanté su ausencia hasta enfermarme. Hasta cuando vi a mi madre aparecer en medio de la nieve y querer llevarme con ella. Nunca quise abandonar este paisaje que albergaba mi esperanza de encontrarlo.

Hoy habito entre sueños del pasado junto a él. Cuando el cuerpo pesa y los sentimientos afloran desbordados, recurro a los recuerdos de mi Santiago querido. Lo siento lejos y podría alcanzarlo y volver a recorrer las mismas calles, pero Emilio ya no ocupa ese espacio tan íntimo de nuestro pasado. Habita en este campo, perdido entre las lengas o tal vez entre los alambres que separan la frontera. Dónde sea que habite, dónde esté su último recuerdo, es allí donde pertenezco. Aunque nunca lo encuentre en este oscuro austral, es aquí donde sentí su último abrazo que nunca dejaré de perseguir.

Mónica Peña Ochoa nació el año 1973 en la ciudad de Ovalle. Vive en Santiago. Estudió psicología, es doctora en Educación y ha trabajado como académica los últimos 20 años.

Su vida creativa artística incluye tejer, jardinear y cocinar, todo con mediano éxito.

BABY SOLTERONA

Mónica Peña Ochoa

BABY SOLTERONA

3 de abril de 1988

Querido diario:

Después del castigo llegué a la conclusión de que si no podía salir a ningún lado eso incluía el liceo, pero mis papás insistieron de manera totalmente injusta que tenía que ir igual, entonces para evitar problemas y más discusiones, me enfermé. Ahora llevo dos días en cama enferma de verdad, porque voy a ser muy sincera: me da una vergüenza enorme ir a la escuela después de lo que pasó. Mi plan es que las copuchentas se queden sin material para hablar, y acá estoy, en la casa, viendo tele todo el día, aburrida entre las tres y las cinco porque no hay nada entretenido para mirar.

Más encima, la Poli tuvo la cara de palo de venir a verme. Según ella porque me quería dejar las tareas, y si mi vida ya era un desastre total y absoluto, ahora es una catástrofe. La única amiga que me quedaba se murió totalmente y para siempre.

La Poli llegó a mi casa a pesar de que por teléfono le mandé a decir que no viniera. Mi mamá la hizo pasar igual, así que tuve que pasar de la pieza de mis papás donde estaba

viendo tele, a mi pieza que es helada y oscura. La recibí con pijama, sin haberme bañado, con el pelo totalmente horrible, mientras ella llega con una tenida nueva, porque obviamente nunca le había visto ese suéter, nunca lo he visto en ninguna tienda de acá, así que supongo que se lo trajo su abuela de Serena.

Llegó muy maquillada, más encima con esa sombra color piel que se supone que no se nota y que se le pega al pliegue del párpado. Se acomodó en la silla que rechina, la que siempre tiene un cerro de ropa. Por suerte mi mamá había ordenado todo cinco minutos antes, rezongando como siempre, reclamando que soy muy desordenada.

Pero la Poli no reparó en nada, ni en los pots vacíos de jalea, ni en el vaso de plástico de guagua en que mi mamá me sirve el agua cuando me quedo en cama. Yo no entendía nada. ¿No está enojada conmigo? ¿no tiene que venir a darme otro sermón para sumarle a los 100 sermones de la gente de carne y hueso y a los 100 sermones que yo me doy en las noches? Nada, es una seda, un amor. Todo era muy sospechoso.

Mientras le miro el rímel pegoteado, se acomoda rechinando en la silla con su pose de *cheerleader*, cruzando las piernas. Me habla con un tono fingido de las tareas y me deja el cuaderno de historia para que lo copie porque la otra semana hay una prueba con el Rata. Y así de repente, sin decir agua va, me pregunta si todavía me gusta el Fernando.

¿De dónde sale esa pregunta? pienso yo, pero como no tengo un pelo de lesa, le contesté obviamente que no. Es más, le dije que no me gustaba y que en realidad nunca

me había gustado, que lo encontraba súper feo.

— Ay pero si estabas enamorada de él, si hablas todo el día de él — insistió.

— A ver — le dije con mi tono más serio, imitando a mi papá cuando explica cosas fomes —no hablo todo el día de él.

Pensé que esta vez no estaba mintiendo y que estaba diciéndome una verdad del porte de un buque, porque si sólo hablara del Fernando no estaría castigada por la historia de mi mamá con el boticario, así que le dije que hablaba de muchas otras cosas, pero rápido, como para no tocar ese tema.

—Y segundo, no me gusta nadie. —Que no me guste nadie es mi gran sueño pero lamentablemente siempre me gusta alguien.

Ella con su cara de madurez se acomodó en la silla y me dijo, sonriendo con los labios brillantes de frutilla Avon —Pucha, qué bueno saberlo, porque el sábado pasado el Fernando fue a mi casa y me pidió pololeo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas en tiempo récord. Me daba tanta rabia ser llorona, que me puse toser para disimular, aunque se supone que estoy enferma de la guata.

Cuando mi ataque de tos pasó, le dije con mi mejor sonrisa

—Ah mira tú.

—Sí —me dijo ella, y agregó que lo que me quería contar es que le contestó que sí, como si fuera una primicia, un flash último minuto.

Quería tanto que se fuera de mi pieza o mejor, yo desaparecer en el cubrecama de Sarah Kay. Pero ella decidió retomar su postura de cheerleader y mirándome con la cabeza de medio lado, me dijo: mi mamá pensó que tú no podías enterarte por otros, que yo tenía que venir a decírtelo personalmente.

Me dio una rabia tan grande, porque odio que hablen de mí como si yo fuera la pobre tonta de la historia. Quisiera ir a su casa e incendiarla con la idiota de la mamá adentro.

En mi dormitorio ya se había hecho de noche y estábamos a oscuras, así que llegó mi mamá a encender la luz y nos preguntó si queríamos algo. Por suerte ahí se me ocurrió decirle que me trajera unas gotitas porque me dolía la guata, porque de verdad me dolía.

La Poli ya había dejado su uva envenenada, así que se despidió recordándome lo de la prueba de historia con el Rata como si no hubiera pasado nada.

Mi mamá me preguntó si me pasaba algo, así muy a la pasada, porque tenía que bajar a prepararle la once a mi papá que estaba por llegar.

Le dije que no, que no me pasaba nada, que solo me dolía la guata. Me ordenó la cama para que la mona del cubrecama quedara centrada, y me dijo así como para callado —tan pintada que anda la Polita, qué parece.

Tamara nació el 19 de marzo de 1988 en Osorno, Chile; justo en el año del plebiscito histórico que dio esperanzas para el retorno a la democracia. Mujer y periodista feminista especializada en comunicación con perspectiva de género, se ha dedicado a trabajar con mujeres y niñas para derribar los estereotipos en el sector energético. Trabaja para avanzar en la comunicación no sexista y aportar a un periodismo feminista. Hace 20 años vive en Valdivia y hace 14 comparte su vida con su hija Violeta. Fiel creyente de que lo personal es político.

TODAS LAS MUJERES QUE HABITAN EN MÍ

Tamara Inostroza Moreira

TODAS LAS MUJERES QUE HABITAN EN MÍ

Los días de invierno se disfrutaban en el departamento de mi abuelita Lucy. Mis tías tejiendo, el crochet bailando, los palillos entrelazándose. *Electricidad* de Lucerito y *Arena y Sol* de Marta Sánchez acompañan esas inolvidables veladas. Me muevo al ritmo de mi respiración y de los cassettes de ambas musas de la época. Mientras más aire entra en mí, más consciente soy, más presente busco estar. Aquí fue donde aprendí a habitar la calma. Hay tanta gratitud. Permito que la vida sea y no me interpongo en este aquellarre, rito luminoso para el alma fugaz. Comienza este viaje. Regresar al pasado resulta esperanzador cuando todavía quedan rincones por explorar.

Tenía diez años cuando ese momento me acunaba el alma. Han pasado más de 30 años desde que el olor a pan recién salido del horno me acompañaba por el pasillo hasta la última habitación de la casa. Vuelvo hambrienta a las vivencias de mi infancia, estoy eufórica por no olvidar lo que viene a la mente y cala el tiempo de mis memorias. Estas alas de niña me permiten viajar, y las acompaña el roce de los pares de zapatos que caminan conmigo y cuidan mi estadía.

Recuerdo a mi abuela colgando las sábanas en el cordel de la cocina; calentando mi pijama en el cañón de la combustión

lenta; cerrando antes la puerta izquierda y luego la derecha de la despensa; veo sumergido su índice y pulgar en el tazón para sacar la bolsita de té; sus dedos entrelazados sobre la falda; acomodándose la enagua; pasando el delantal por encima de su cabeza.

Las manos de mi tía Yoya amasando, batiendo merengue, derritiendo queso en la sartén; sus dedos sobre mi pelo, tejiendo mechón por mechón, la trenza María. Recuerdo juntar mi mano con la de ella, a veces nuestras uñas alcanzaban el mismo filo. Tienes dedos de pianista, me decía.

Recuerdo a mi tía Cristi ponerse con tanta delicadeza sus lentes de contacto, primero el izquierdo, luego el derecho, así se hace Tamita, con mucho cuidado; el café recién hecho antes de irse a trabajar, el labial terracota que dibujaba sus labios marcados en el tazón. La Cristi es una mujer que respira a través del pecho y no de los pulmones, que piensa en voz alta, y que sabe que calladita no se ve más bonita.

Llevo un diario en el bolsillo, la voz no calla, registro todo, como una protesta de amor, siempre cuidando no ser detenida. El eco de mis ancestras es un abrazo fuerte, la soledad no existe si ellas están aquí. Soy una pequeña criatura hundida en el sillón café de aquel living de los años 90, rebosante de objetos, antigüedades, cuadros y espejos. La fusión de texturas y la cálida paleta de colores permiten encontrar la elegancia y confort del cual fue mi hogar.

Intento buscar a mi madre entre tanta felicidad. Daría las tortillas calientes de mi abuela, sus cenefas creadas a mano con tanta dedicación, las galletas de miel servidas con leche

con chocolate, daría los recuerdos más preciados por un lugar en sus brazos. Lo daría todo sin duda. ¿Dónde está? La busco incansablemente. Esa es la única preocupación existente en ese instante sagrado. La veo, la recuerdo. Al fin la encontré. Observo que camina descalza, con su jardinera denim y una toalla retro bajo el brazo. Sigo sus pasos y me muevo sigilosamente hacia aquel baño sin cerradura. Ha llegado este preciado momento.

Entro sin pedir permiso, me siento en una esquina de la losa fría, espalda recta sobre la pared. Así comienza este encuentro, mis pies parecen tocar el hielo de este espacio con humedad, con moho en el techo. Siento esa mezcla de temperaturas, fenómeno que ocurre cuando se ponen en contacto dos cuerpos, transfiriendo energía en forma de calor desde el más caliente al más frío.

Erguida me sucumbe el miedo a ser descubierta. Acurrucada bajo el lavamanos me abrazo y sostengo a esta frágil y pequeña niña que fui. Ahora pienso que lo que buscaba en ese entonces era volver a mi posición fetal, las manos juntas a la altura del mentón, mis rodillas acostadas sobre mi pecho. Envuelvo mi pequeña cuerpa en una sola respiración.

Sigo en silencio escuchando el agua caer sobre mi madre, refregando su pelo, la espuma recorre sus ojos. Contemplo su rol de mujer, desnuda, frágil, sintiendo las gotas tocar su piel. Ahora pienso y quizás ese también era su momento favorito, su lugar seguro, su desconexión con el mundo. Cuántas veces tuvo que nacer para encontrarse y reconstruirse, parar el tiempo y sentir que volvía a florecer.

Camino siempre detrás de ella, como si no quisiera dejarla nunca, como si quisiera volver a estar flotando dentro de su cuerpo, el principio y el final es volver a su vientre materno.

Ese calorcito de aquel baño inhóspito era oxígeno y permitía sentir que estaba dentro de ella otra vez. Quiero que este momento sea eterno. Regocijada bajo la humedad de las paredes me derretía entre el canto de mi madre. Desvanezco rápidamente, pero al mismo tiempo vuelvo a mi materia más sólida y a la vez más invisible.

Aquí quiero estar, es lo más cercano de lo que yo pensaba que era la felicidad. ¿Y si esas gotas de agua son el líquido amniótico?, ¿y si ese vapor y calor son su respiración?, ¿y si ese instante fuese el momento exacto en que volví a nacer? Las contracciones se unen con los fuertes latidos, el dolor transmutando hacia lo sublime es un acto mágico de rebeldía. La amo tanto en ese y en todos los momentos. Quiero volver a sumergirme entre el vapor y los susurros que se mezclan como una canción de cuna.

Recuerdo aquella vez, en ese baño frío cuando sentí que volvíamos a ser una sola luz, una sola alma de dos mujeres latiendo a la vez. Esta es mi madre, un momento inefable, una mezcla de olores entre lavanda y jabón de afrecho, un suspiro que no se agota, ese cerrar de ojos mientras el agua cae sobre el rostro.

Termina el baño, este ritual me cobija. El contacto de mis pies contra la baldosa me devuelve al propio cuerpo, un escalofrío sube por mis empeines. Me levanto sigilosamente, el piso está mojado, mis talones resbalan sobre la loza

verde con azulejos celestes, el mar y la selva danzando a la vez. Salgo antes de que me vea. Ella siempre supo que yo estaba ahí. Esos cinco minutos fueron casi como aquellos nueve meses. Yo con ella, juntas, en silencio, ella para mí.

Sin ella, no soy. Pienso que morimos al nacer, que el agua tiene la capacidad de hundirnos hasta el fondo para luego revivir más fuertes que nunca. Continúo caminando por este espacio sin garantías. Las puertas se abren y se cierran, un lugar de calma donde la rutina se convierte en un refugio. Las musas guardan silencio, y ahora, la risa de mis mujeres suena de fondo, poderosa y alta, como un portal violeta invitándome a cruzar.

Estoy en silencio y a la vez resonando. No hay sonido más intenso e invisible que la vida cotidiana. Me arroja la fragilidad, la ternura. Abrirse a la vulnerabilidad es el primer paso.

En los momentos de desconcierto regreso a estas mujeres para volver a sentir que pertenezco a una tribu, poco convencional, pero real. Los recuerdos albergan gotas de felicidad donde habitan todas mis antepasadas, ese linaje con trenzas infinitas, pieles blancas, pelo crespo, pecas; todo eso guarda sabiduría y medicina.

En este viaje también aprendí que la pena se convierte en luz. Ante esta pérdida me declaro inexperta, inmadura, recién nacida. Es un refugio esta negación. Por momentos es cómodo quedarse aquí, derrotada, entristecida, víctima. ¿Habrà consuelo en esta tristeza?

Mi cuerpo es una especie de recipiente de loza que recibe y

resuena con todo. Estoy temblando, ¿esto está pasando? No dejo de pellizcar mi mano, que alguien me saque de aquí, por favor. Esto no es real. Soy incapaz de calmarme, hasta que me observo y soy consciente de que yo misma me sostengo.

Pienso en todas las cosas que pudieron haber pasado y que nunca sucedieron. Pienso en lo que fui, lo que fuimos, lo que ya no seremos. Me adapto lento. Juro que voy bien. Siento que estoy en el limbo, ese instante en que te preparas para enterrar a las seres queridas. Mi abuela se ha ido. Qué desgarró. El corazón en este momento evoca horribles tergiversaciones. Siempre que quiero a alguien imagino su muerte. Así piensa una mente ansiosa. ¿Entienden? Así me antepongo al dolor.

Intento cambiar de recuerdo. No es fácil, pero en esta transformación el dolor encuentra refugio, contención. Las vivencias están detenidas para aquella madre adulta de tres mujeres, de esa niña que fue la última de 19 hermanos, destinada a cuidar a su madre hasta sus últimos días, cual Tita de *Como Agua Para Chocolate*. Pero no, la Lucy logró romper la maldición. A sus 33 años tiró el ramo y celebró un matrimonio decorado con insignias y mártires vestidos de fuerza policial. Se casó con el suboficial Inostroza.

Recuerdo fingir ser una periodista de farándula y preguntarle por el cortejo de esos años, de cómo mi abuelo la conquistó, si es que lo hizo. Me pregunto si en la época de mi abuela, su padre y madre tenían la costumbre de cambiar a sus hijas por una vaca o un terreno fértil.

La silla abraza mi espalda. Pienso en cómo las mujeres

pasamos de soportarlo todo a soportar nada. Conservo el asombro hasta el final, mientras la miro y escucho hay nostalgia en sus historias. No quiero aguantarlo todo, quiero aprender a ser mi propio hogar.

Si tuviera que ponerle un color a esta pena sin duda sería el rojo. El labial que usaba la Lucy, derretido y con punta fina; el delineador, capaz de trazar arte sobre sus labios; su esmalte de uñas que de a poco se fue decolorando. Todo rojo, siempre rojo. Pena, cuatro letras, dos sílabas. Mi alma se desvanecía.

Volver al centro y mirar lo que fue no es solo un acto visual, sino ético y político. Mirar lo que a veces duele ver. ¿Qué haría la Lucy en mi lugar?, no es una pregunta retórica, es a la vez una respuesta a la incomodidad. Que su ausencia sea un motivo para recordarme que no caer con gracia, también es un buen sitio donde poder llegar.

Las mujeres de mi vida han grabado sus recuerdos en momentos cotidianos, la ducha de la mañana, los pies descalzos por el departamento, las galletas de miel al desayuno, la leche tibia con chocolate caliente. Hacer nido entre las que ya no están es recordar y tomar raíces y alas para gestar un nuevo ciclo, lo ordinario también puede ser divino.

Guardo el pijama en la mochila, mis calcetas de lana, mi oso Panchito. A veces, en la vida, eso es todo lo que se necesita. Miro por la ventana del cuarto piso, el cielo comenzaba a cambiar de color, ya no era negro, ahora su tono era violeta intenso. Violeta se llama mi hija. Violeta Lucía, como la Lucy.

Nació en Los Ángeles, Chile. Es diseñadora, doctora en investigación en Diseño por la Universidad de Barcelona, y académica del Departamento de Diseño de la Universidad de Chile. Criada en España, retorna a Chile el año 1987. A la edad de 8 años gana un concurso literario en su colegio y desde entonces escribe en el aire.

EL DESEO ES EL OLVIDO

Petruska

EL DESEO ES EL OLVIDO

Sucedió todo tan rápido, destrozábamos libros, hoja por hoja, enterrándolos. No los quemés, se verá el humo. Parecía divertido, pero no lo era. Era el día o la noche. De repente estaba atorada a la pata de una mesa porque todo temblaba, con la garganta seca y mil kilos sobre el pecho. Era más que un sismo. Miedo o sorpresa. O nada. En la madrugada, todo parecía ir muy deprisa, susurros por la casa y las cortinas cerradas. De noche o de día, los militares irrumpiendo por el patio, el entretecho, en el living, sentados sobre el sillón del papá, sonriendo, apoyando sus brazos en sus fusiles. Uno me apuntaba la cabeza, yo alcanzaba a ver sus rodillas, paralizada. Preguntaba qué se leía en casa. “Sólo Pato Donald y Tribilín, señor”, respondía la Pía. Era el fin.

Una de esas madrugadas llovía. Llegó a casa un enorme vehículo negro que nos llevó al aeropuerto. 21 horas y 22000 kilómetros después la sonrisa de papá nos esperaba. Estábamos a salvo.

Por las mañanas, abrigadas de parka húmeda, guantes, gorro con bufanda que apretábamos a nuestra cara, íbamos al colegio. Aquello era ininteligible, multumesc (gracias) decía a todo. Era una copii (niña), y los pasillos de la escuela eran

eternos y fríos. Vino un golpe en mi mano izquierda, porque “ésa no se usa ni para comer”. Suficiente para que se activara mi primera renuncia. Ahí no volvería jamás. Lo decreté y mi madre no pudo sino acatar mi primer acto de rebeldía.

En București, los inviernos de nieve y veranos de infierno eran seguros, los días transcurrieron leves, corriendo por las escaleras del edificio. Los demás llevaban en sus miradas el horror de los días anteriores, llantos a escondidas, peleas y alcohol. Nosotros saltábamos gritando, para dejar ir los recuerdos. Y el olvido nunca llegaba.

Una tarde, era otoño y el sol entibiaba las aceras y los edificios por el barri de Gràcia, la suave humedad de esa hora acariciaba mis brazos. Cerrando los ojos caminaba por la acera, adivinando los pasos para llegar a casa. Diez pasos y estaba en el portal, abría los ojos, me quedaban apenas dos pasos más, faltaba poco para afinar mi destreza de poder andar a ciegas, tan solo necesitaba el sol de mi lado, y a los quince años el sol siempre está de tu lado.

Subía rápidamente por la escalera, para llegar a la ventana de mi cuarto, desde ahí podía ver pasar a Francesc, con los mejores quince años del mundo, sus ojos miel, las zapatillas Adidas y fumando un cigarrillo o un porro, no sé. Aquest noi es el més guapo del món, està com un tren. Había descubierto el secreto del olvido, eran tres minutos llenos del niño que era hombre, ciento ochenta segundos para permanecer en la eternidad de imaginar mi boca en su nuca. El deseo era olvido.

Con mis walkman puestos, escuchando algo de new ro-

mantic, podía recordar la sonrisa de Francesc, mientras el avión sobrevolaba el Atlántico. Regresábamos al país del dolor. El país que había olvidado. No nos dejaron entrar, lo que significó estar dos años en Buenos Aires. La belleza y calidez de los porteños iba arrebatando la memoria infernal, mi cuerpo adolescente olvidaba la sonrisa de Francesc en Darío, Fabián, Lucas, la pista de baile, las Quilmes, las pizzas, el tango, los after hours, el rock. El olvido era posible en el placer de mi cuerpo que comenzaba a dibujar las rutas de una adulta.

Era de noche, 19 años de mí ya habían recorrido el miedo y el deseo. Yo, la bella, la extraña, la intensa, la densa. Numinosa, olvidada. De otra parte, de ningún lugar. Y estaba de regreso, al fin. ¿Qué estaba sucediendo? ¿En qué límite bordeaban las imágenes que volvían del olvido?

Al lugar donde todo se había acabado, en donde el horror había desatado los demonios y monstruos que habitaban en el silencio de mis padres, y en un pozo profundo de mi memoria.

Nació en Santiago, Chile en 1979. Actualmente se desempeña como ingeniera en informática para la Universidad de Chile y como instructora de yoga dando clases libres.

Desarrolló el gusto por el cine desde muy pequeña, como herencia de su madre y de su abuelo que compartían la misma pasión. Cultivó el gusto por la lectura en su adolescencia, gracias a los libros que leía durante la época de colegio, que la llevaron a experimentar en la escritura a través de blogs personales, donde plasma experiencias de vida, viajes, reflexiones, reseñas de libros y películas.

LA ÚLTIMA LUZ DE BERENICE

Tatiana Acevedo Peña y Lillo

LA ÚLTIMA LUZ DE BERENICE

De madrugada, y aún con la oscuridad que caracteriza el invierno, pienso —¡Rápido, rápido! Solo camina sin mirar atrás—. Ya perdí la cuenta de las veces que me he repetido la misma frase como una canción dedicada a mi escaso vínculo con mi instinto de sobrevivencia. Es triste porque en el fondo no sé si quiero llegar. No sé si quiero apurar el paso. Tal vez sería mejor desacelerar o detenerme, y que el destino se encargue de hacer lo que yo no me atrevo y muchas veces he deseado.

Mi mente se desvía por un momento de la incesante obsesión de que llegue el final, para preguntarme si quedará leña para encender la vieja y deteriorada chimenea de mi rincón, una chimenea que por más leña que tenga no calienta lo suficiente.

Tengo mucho frío. Es tanto el hielo y la niebla que abraza la ciudad sobre todo en esta época, que casi no puedo moverme. Ese hielo que se fusiona con el frío eterno que no termina, ese que viene de mi interior y donde ya no alcanza ni la leña de todo un bosque para calmarlo.

Ya en la pequeña habitación del albergue que alquilo hace

poco más de un año, y al que llamo hogar, pienso que estoy a salvo una vez más para continuar con el dolor de respirar. Lo bueno es que logré reunir unas monedas con las que calmaré el hambre hasta mañana.

Al encender la chimenea siento un poco de alivio, aunque el verdadero frío nunca se vaya, y aunque la niebla de los recuerdos y de mi presente existencia, oscurecen aún más las paredes sucias y agrietadas de la pequeña habitación. Y ahí vienen... se asoman a la luz del calor, lo que parece el brillo de unas luciérnagas, las que sutilmente podrían ser mi luz al final del túnel, brillantes, amarillas y parpadeantes, capaces de atravesar la materia y ver directamente dentro del alma. Mis guardianes de la noche, esas trampas anti plagas que respiran y al mismo tiempo dan un sosiego espiritual. Maúllan, debe ser por hambre, pero prefiero pensar que es la gracia de verme llegar una vez más.

—¿Y ahora qué? — pienso acostada en mi viejo catre —¿dormir, aunque no tenga sueño? — Aun así creo que es mejor eso a estar consciente. Dicen que dormir es lo más similar a la muerte —¿Por qué nací mujer? — es una pregunta que hago con dolor, ya que es la causante de no poder estar en un mejor lugar. Sin saber leer, y no poder optar a un trabajo digno, encima debo soportar la amistad de una soledad que no es bienvenida. Ahora entiendo la mirada fría de mi padre, la única mirada que un hombre de bien podría dar a una maldición, a un castigo que no creía merecer, causante de la pérdida de un linaje desgastado, de un prestigio cuyo único sostén era un apellido de sangre azul vacío y sin valor.

Mi padre era médico, no tenía muchos pacientes, pero atendía a ciertos amigos más cercanos y de confianza en la casa, pues no tenía una consulta propia. Recuerdo a mi madre, preocupada de su familia y de las apariencias, y de convertir a su única hija en el modelo londinense victoriano de una correcta muñeca de porcelana decorativa. —Berenice, siéntate derecha, sonríe y no hables si no te hablan primero, cuando te conviertas en esposa, recuerda que el hombre provee, él manda en la casa y tiene derecho a hacer y decidir lo que quiera—, me decía. Yo con inocencia le preguntaba —¿Entonces la mujer no opina? —. —Pues no— respondía mi madre tajante. Me miraba con melancolía, tal vez queriendo responder otra cosa, pero solo se limitaba a decir —la mujer si quiere tener un buen matrimonio debe ser prudente, agachar la cabeza y aguantar—.

A pesar de sus palabras, el recuerdo más nítido que tengo de mi madre, es que siempre estaba ausente. Si no estaba atendiendo a mi padre, estaba en su habitación descansando, o en el jardín observando las flores con la mirada perdida. A veces le hablaba pero no me escuchaba ni me miraba, parecía estar en una constante hipnosis de la que no podía o tal vez no quería salir. —¡Mira mamá, puedo dar vueltas sin caer!, ¡puedo dar saltos como las bailarinas! —. No importaba lo que dijera, jamás me miraba si no era para criticar o corregir algo.

Nunca escuché discusiones entre mis padres, pero podría dar fé, que la melancolía de mi madre no era algo propio de ella, sino más bien de la relación poco afectiva entre ellos. Recuerdo que un día me quise escabullir a escondidas por la puerta de la cocina para jugar un rato en el jardín, cuando desde la sala de estar escucho a mi padre decir a mi madre,

algo sobre el matrimonio del hijo de uno de sus pacientes. No alcancé a entender bien la conversación, sin embargo, lo que, si escuche claro, fue a mi padre decir —en cambio tu no supiste engendrar a un hijo que mantenga el linaje de mi apellido, si no que pariste a una mocosa que no solo es un estorbo, al que hay que alimentar y encontrar quien se quiera casar con ella sino que además no continuará el apellido de mi familia—. En ese momento sentí como un cuchillo entraba por mi pecho y me desgarraba hasta el abdomen. Mi madre se tapó la cara y comenzó a llorar. Mi padre con esa frialdad que lo caracterizaba, la misma frialdad que sembró en mi interior y que me congela hasta hoy, solo se limitó a mirarla con desdén y decirle —Será mejor que te aplique la dosis de siempre y vuelvas a dormirte tardes enteras que es para lo que sirves—. Supongo que esas dosis que le proporcionaba mi padre, era algún medicamento que la ayudaban a descansar días tras día, hasta que desgraciadamente de un momento a otro ya no despertó más. Y así me dejó con él, con el frío invierno que era mi padre.

Pasaron los años, y al fin pude darle algo de satisfacción a mi padre, casándome y dejando de ser su eterno lamento. Hizo un buen negocio, ya que el hombre que fue mi esposo no era de anhelar grandes riquezas, y quedó más que satisfecho con la humilde dote que le ofreció para desposarme.

No volví a saber de mi padre, hasta que recibí una nota de uno de sus amigos informándome que había muerto. Lo poco y nada que tenía de dinero, se lo gastó en licor y mujeres, dejando como herencia un manojo de recetas médicas, jeringas vacías y frascos de morfina, supongo que los mismos frascos que inyectaba a mi madre, ese líquido

adormecedor que la sacaba de la realidad, aunque sea por un par de horas, y que un día ya no la dejaron despertar. Cuando pienso en los consejos de mi madre, me parece todo paradójico, o más bien cruel, porque después que conseguí esposo, nunca tuve que comportarme como ella me decía. Me casé con un hombre que sí me consideraba, pedía mi opinión, me dejaba tomar decisiones, para él yo era su compañera y no solo un recipiente que otorga vida, sin embargo, el destino fue el real villano en esta historia, porque jamás pidió mi opinión, ni me consideró, simplemente se lo llevó sin dejarlo siquiera despedirse, dejándome en el desierto que es mi mundo hoy, a pesar de tener conmigo las luces de aquellas luciérnagas de cuatro patas.

El sueño me comenzaba a abrazar, cuando escucho el ruido de las ratas. —¡Pobres! Ellas también quieren conseguir algo de comer—, sin embargo, lo más probable es que terminen siendo la cena de las trampas con ojos amarillos. Me pregunto si más tarde, en la noche ¿me tocará a mí ser la rata? Esa que debe buscar comida y esquivar a las trampas vivas, esas que no maúllan, que solo atrapan, castigan y depredan porque sí.

Llegué a la cervecería y no vi a Mery, ella no suele llegar tarde. Le pregunto a Thomas si la ha visto, rápido me responde que no —¿Es raro no Berenice?, Mery siempre pasa por aquí a las 8 en punto, y me extraña que siendo las 9 y 30 todavía no aparezca, más sabiendo los asesinatos que han ocurrido en los últimos meses en las calles de Capilla Blanca—.

Capilla Blanca se encuentra al oeste del distrito londinense, es un barrio pobre, sucio y maloliente, lleno de bares, bur-

deles, y de inmigrantes, donde algunos hombres se ganan la vida trabajando en mataderos y muelles, mientras que otros solo delinquen. Las mujeres se prostituyen, es de las pocas opciones que les queda, sin educación, sin tener quien las mantenga, de algún modo deben comer y conseguir algunas monedas para alquilar un cuarto de mala muerte, donde descansar y protegerse del frío. Muchas de ellas tienen niños, de los cuales y sobre todo las niñas, también son prostitutas por un trozo de pan. Todo esto es una contraposición muy marcada al Londres victoriano donde solía vivir antes de perder lo que era mi vida, antes de perder a los que me amaban.

—Siéntate Berenice— me dice Thomas, —Te serviré algo caliente antes de que comience tu turno—. Aunque no es la hora del té, acepto la propuesta. Thomas seca sus manos húmedas de licor en su delantal blanco y mientras me prepara un té, lo observo. Su cabello rizado, sus ojos pardos, su piel pálida, y esa sonrisa que hace al tiempo detenerse. Mientras bebo, sigo pensando en Mery, tal vez tuvo más clientes que otros días, por eso no alcanzó a pasar por su vaso de ginebra como lo hace habitualmente para anestesiar en cierta forma el dolor del trabajo que le toca. —Es más fácil cuando te adormeces el alma Berenice— contesta Mery cuando le digo que no beba tanto. Luego deja su vaso vacío manchado de lápiz labial rojo sobre la barra, saca de su bolso bordado, su espejo y su peine con los que retoca su hermoso cabello de oro y su peinado mal hecho, para marcharse y perderse en la oscuridad de los callejones, cuya luz tenue de las antorchas apenas guían el camino. En la mitad de mi turno, cerca de las tres de la madrugada, se escucha el sonido incesante de un silbato. No cabe duda

que lo están tocando a todo pulmón, segundos después pasan corriendo un par de policías sujetando sus sombreros negros con una mano y sus garrotes con la otra. —¡Dios mío! Otra vez un asesinato, estoy seguro, el diablo recorre los callejones de Capilla Blanca, lo sé— exclamó uno de los borrachos que se encontraban en la cervecería esa madrugada. Un silencio lúgubre cubrió el ambiente. Miré a mi alrededor para buscar a Thomas y no lo encontré, a los minutos lo veo entrar más pálido que de costumbre, mirándome fijo me dice —Berenice, es horrible, pasó algo espantoso, lo siento— en ese instante todo se volvió negro, no podía respirar. —¡Mery! — Exclamé. Thomas solo se limitó a afirmar con la cabeza. Mi mundo tembló. Tantas veces deseando la muerte, y cuando la tengo cerca solo quiero escapar de ella.

Han pasado algunas semanas desde la muerte de Mery. Thomas me ha estado acompañando desde entonces todas las madrugadas de regreso al albergue. Nos hemos acercado mucho y al parecer estoy sintiendo algo por él. No me cabe duda que él también siente algo por mi, y estoy feliz porque cada vez me siento menos sola.

De tantas caminatas y conversaciones que teníamos de camino al albergue, un día le comenté lo de mis amigas ratas que merodean en busca de comida dentro del cuarto, y de la pena que no puedo evitar sentir, ya que muchas de ellas no alcanzan a escabullirse y son atrapadas por mis peludas y bigotonas trampas. Sin más, Thomas me responde con una pregunta —¿sabías que las ratas de tamaño medio, son capaces de introducirse por huecos del tamaño de un penique? — aturdida por su comentario, solo lo miraba sin

responder. Thomas continuaba —¿y cómo es posible que logren ascender por las tuberías si se llenan de agua?, pues la respuesta es simple. Estos roedores son capaces de aguantar la respiración hasta tres minutos— Me pareció interesante el comentario mas no entendí mucho si venía o no al caso.

Siempre tuve la convicción de que podía estar sola, sobrevivir sin más ayuda y aun así llevar una vida. La historia de mi soledad física comienza con la muerte de mi madre, la soledad espiritual comenzó mucho antes de eso, con la indiferencia de ella sumada a la frialdad de mi padre, luego desaparece con la llegada de mi esposo, el cual al poco tiempo se va, devolviendo a mi vida a la vieja compañera. Conforme pasa el tiempo, el desierto en el que se convierte mi mundo me da a entender que esa vieja amiga pesa más de lo que parece, pesa hasta tal punto que comienza a quitarme el aire, me deprime, me sumerge en una habitación oscura donde jamás entra la luz, porque no llega luz al alma si no la dejas pasar, y la soledad está ahí, bloqueando cualquier grieta por donde pueda adentrarse.

Cuando por fin comienzan a haber destellos, cuando dejo atrás los recuerdos de todos aquellos que se fueron, que me dejaron y jamás me prestaron atención, aparece él, que no sólo encendió la mecha de la vela de mi habitación oscura, si no que hizo que la leña de la chimenea calentara, porque no solamente me miró, sino que también me vio. Y me vio hasta tal punto, que al mirar dentro de mí, supo que siempre me sentí víctima, que en realidad nunca fui la mujer fuerte que aparentaba ser, más bien una niña herida, ignorada, creyendo muchas veces que no era amada por ninguno de sus padres, porque en el fondo siempre he

estado sola, y es ahí, cuando abro la puerta para que entre el verdadero enemigo. No es precisamente la soledad, si no el verdadero depredador. Me convierto en la rata. No hay luz de luciérnagas en sus ojos, sino oscuridad. Él decide terminar con lo que tanto anhelé.

Desde la muerte de Mery, no ocurrieron más asesinatos en Capilla Blanca, hasta ahora. Con mis ojos nublados de lágrimas, veo como los ojos amarillos, esas lucecitas al final del túnel me miran desde un rincón y se apagan lentamente hasta desaparecer. La presión en mi cuello no me permitió aguantar la respiración por tres minutos. Tampoco pude introducirme por huecos del tamaño de un penique para escapar. La noche en la que Thomas me acompañó por última vez a mi albergue y sin preguntar, decidió terminar con mis últimos destellos de vida. Thomas, el depredador de ojos vacíos de Capilla Blanca.

Nace el 1 de marzo de 1978. Periodista de profesión de la extinta Universidad Arcis, al comienzo de su carrera trabajó en medios de comunicación prensa y reportaje. Actualmente vive en Villarrica.

UNA MUJER Y SU PISCINA

Matilde Zavala

UNA MUJER Y SU PISCINA

Son las 19:00 horas. El perro que le ladra cada día cuando llega a su pieza, hoy también lo hace. Está acostada en su cama con los audífonos puestos, escuchando el añejo rock clásico, porque a ella le gusta el rock bien potente. Decidió tatuarse en el brazo “AMO EL ROCK” porque la libera, la transforma de esta vida en otra, omite sus sufrimientos y por tres minutos la excluye de este mundo, la saca de su espacio de soledad/libertad. Está vieja, ya tiene más de sesenta años y no es fácil encontrar pareja a esta edad. Tampoco es algo que le mate la vida.

Le arrienda una pieza a su amiga, es de cuatro por cuatro, baño y cocina compartida, ni siquiera tiene su propia olla, pero está cómoda, aunque sola y libre. Le gustaría tener una mascota, un gato, no ese perro bullicioso que le ladra todos los días, pero no puede, regla número uno: sin mascotas. No le alcanza la Pensión Garantizada Universal para pagar algo mejor por eso aún debe trabajar, a pesar que ya trabajó toda su vida de esposa, de madre, de psicóloga y enfermera en la casa, para los hijos y el marido.

Muchos años antes, por ahí por sus veinte, tuvo un pololo al cual amaba con la misma energía de aquella edad. Fue

una relación breve pero intensa, de aquellas que solo se dan bajo la presión de hormonas desatadas. No existían dispositivos, ni pastillas que le permitieran decidir concretar en el plano físico aquel amor que sentía, podría quedar embarazada y sería la deshonra de su familia. El miedo paraliza las ganas que tiene de concretar su breve aventura. Hace pocos días lo encontró afuera de un banco lo reconoció por sus enormes ojos café. Nada quedaba de aquel joven del que se enamoró. Tenía la cabellera blanca amarilla, estaba jorobado, se veía mayor. Ella decidió hablarle, él de inmediato la reconoció, la saludó, pero con vergüenza. La miró, sonrió al verla, extrañado. Ella por su parte le preguntó qué fue de su vida, tendría hijos o esposa. Él le confesó que estaba sólo, se había casado y separado, nunca logró tener hijos. Le confesó que era infértil.

Pensando en la infertilidad de aquel amor apoya la cabeza en su almohada, siente el corazón en su oído uno tras otro palpito. Le recuerda que es esta mujer y no otra. Es ella, la que debe levantarse y empezar el día veintiún mil novecientos de su existencia.

Decide entrar a una página de citas. Hacer “match” se volvió su propósito de vida favorito. Con la inocencia de una niña “conocía” uno y otro hombre, cual de todos con la mejor performance fotográfica, no acreditando sus verdaderos años. Esta incursión virtual le valió días de eterna felicidad, se sentía renovada al ver que su entrada al mundo de las redes era exitoso. Hizo match con un hombre europeo con el cual compartió momentos eternos y felices. Llegaron a pololear por tres semanas. Todo estaba bien hasta que el “gringo” le pidió que le depositara 500 dólares por Western Union, ya

que se encontraba en una controversia económica. Habían conversado por cerca de cuatro semanas, compartían sus experiencias a través del traductor. El “gringo” no hablaba claramente español y ella menos inglés. En un comienzo creyó en él, y pensó en ayudarlo. Solo la detuvo el hecho que debía trasladarse hasta el centro de la ciudad para depositar el dinero., Se preguntó qué era “wester union” Le ofreció realizar una transferencia directa a su cuenta rut, el gringo no entendía- Finalmente concluyó que el gringo la quería estafar y decidió reportarlo. Aunque había disfrutado de su lejana compañía por un tiempo, ya no hablaría con él. Sintió tristeza y alivio. Tendría más cuidado, pero no era motivo suficiente para dejar atrás su era digital romántica.

Una mosca negra y ruidosa interrumpe su conversación interna, quiere que se vaya o deje de hacer ese sonido. Le abre la ventana para que salga, pero solo entran recuerdos a su cabeza. Le recuerda no sé qué... le da la sensación de suciedad y precariedad. Le recuerda el campo y la pobreza. Sin agua. Acumulándola en tambores de color azul cubriéndolos con el mejor plástico, el más limpio que se tenía. Le recuerda el baño de hoyo, que ni siquiera era una letrina. Lavarse los pies en el canal y hacer un taco para formar una piscina. Disfrutaba su pileta improvisada de ese verano, soñando que era real. El agua le llegaba a la cintura, era perfecta. Le recuerda también que tiene tanta vida para atrás y tan poca por delante. Prefiere esa vida, la de antes, donde la necesidad no oscurecía la felicidad. Esa vida sin conexión que ella vivió y que otros no tendrán la opción. No eran necesarias las redes, ni un pololo infértil, ni el gringo embaucador para ser feliz. Solo era ella, la niña, la madre, la esposa, la mujer sola de hoy y su piscina.

Nació en Santiago de Chile, el año 1992. Vino al mundo con una compañera de la mano. Estudió derecho en la Universidad de Chile. Se forjó como abogada feminista trabajando con mujeres para visibilizar la violencia en el espacio público.

Instagram: @lavidaqueolvide

FUTURAS

FUTURO 1

Hay tantos futuros en mi cuerpo:

Mi estómago alberga un feto muerto.
Mi mano delata un matrimonio
que nunca se consumó.

Mis pies visten llagas de desierto,
y mis piernas están cubiertas
por las cenizas de un fuego
que no pude mantener.

Mi boca sabe a tus pastillas;
blancas y grises,
sin fecha de caducidad.

De las hebras de mi pelo,
emergen silencios de estrellas
que constelan sueños malditos.

Mis ojos ahora solo reflejan,
el rojo del volcán
que estallaste en mi cabeza.

FUTURO 2

Hay tantos futuros en mi cuerpo:

Mi cintura alineada a su nombre,
tiembla en besos nocturnos.
Sigue un retumbar antiguo.

Mis manos son viento
en sus cabellos oscuros,
témpanos en cadenas.

Mis piernas sostienen el miedo
y la culpa de su cadera.
Se sumergen en lo profundo.

No miente el lunar de mi boca,
cautelado por su mirada.
Se rinde a un destello,
mil años entrelazado.

Mece mi voz sus mares,
sonata de sirena,
muere y vuelve a nacer.

FUTURO 3

Hay tantos futuros en mi cuerpo:

Mi vientre mueve lento
un ritmo de oriente.
No reconoce autoridad.

Mis labios conjuran
tres saberes ancestrales.
Inspiro adolorida
Espiro agradecida.

Mis ojos enverdecen
y asoma de mi pecho,
el dulce silbido
de una serpiente alada.

Mis manos invocan la tierra,
y arremete entre mis piernas,
el sueño de un bosque
cubierto de agua y piñones.

Mi pasado se contrae,
mi presente se desborda.
No tengo más futuros en el cuerpo.

Nació en Santiago de Chile, en una calurosa mañana de diciembre del año 1985. Guionista y comunicadora audiovisual de profesión. Ha escrito documentales, cortometrajes y trabajó cinco años en televisión. A los 30 años salió de Chile para ver el mundo y ser nómade. Vivió en Nueva Zelanda, Australia y viajó por sudamérica durante casi un año con su mochila de 60 litros recolectando historias. Desde el 2019 vive en un pequeño pueblo montañoso de Francia (a pesar de ser amante del mar). Actualmente se encuentra trabajando en un libro sobre un futuro distópico. Es profesora de yoga y amante del té verde.

Instagram [@frantellez.yoga](https://www.instagram.com/frantellez.yoga)

FUGA

Despierto. Se pone el sol en la ciudad. Ladran los perros y rugen los motores del tráfico por la enorme avenida, como invocando y acelerando mi gran viaje. El cielo anaranjado refleja mi cuerpo en agonía.

Las raíces de mi tierra sufren el deshielo de un hábitat hostil y solitario. Casi inmóvil, escucho incansablemente una voz que respira lejana, haciéndome esclava de este lugar.

Me acuerdo el día en que descubrí por dónde entraban los gatos a la casa. Era por la cocina. Por el mueble del lavaplatos. Había dos pequeños hoyos, uno a cada lado. A partir de ese día, imaginé una red de laberintos secretos detrás de ese mueble y me pregunto hasta el día de hoy: ¿Pasarán también por allí los ratones?

Llevo meses encerrada en esta piel, en estas aguas circulares, sin saber si tarde o temprano mi corazón dejará de latir o si veré la luz. Mi cuerpo está rodeado por una cuerda gruesa y amenazante. No puedo zafarme de ella.

Durante tres largas estaciones he germinado con el viento, en el huracán de mi propia extinción. Confinada y sin escapatoria, la cuerda me incita a terminarlo todo. Las grietas

de mis hemisferios de humana se abren a un vértice oculto. Donde solo el eco calla las respuestas. Quiero salir.

Es un momento decisivo e incierto, doy un giro inesperado con mi cuerpo. Logro atrapar la cuerda con mi mano. La aprieto tan fuerte, que creo que ya no tengo más fuerzas para seguir. Acerco la cuerda a mi cuello. El rojo mural de mi habitación late al mismo tiempo que mi galopante corazón. Hay voces lejanas que me sacuden entre tanto silencio.

La tierra es mi cuerda. Me quedo. Me quejo. Me salgo. Me asusto. El latido omnipresente se acelera. *“Ya es tiempo”*, escucho desde el otro lado.

¿Habrán encontrado el camino de laberintos los ratones?

Soy presa de una fauna silenciada. Sobrevivo al presente, siendo testigo de mi sombra en el abismo. El ritmo de la marea golpeando la orilla, me anima a la fuga. *“Ya es tiempo”*. Respiro profundo y dejo la sabiduría de mi cuerpo fluir. Como si fuera el baile de un volcán a punto de explotar. Me inundo, se calienta mi atmósfera, me incendio, me erosiono.

Algo me empuja desde los pies hasta la cabeza. Hay ruido. Mucho ruido. El oleaje turbulento me arrastra sin dirección alguna. Me revuelco, toco fondo, superficie y ángulos muertos. La cuerda ha encontrado su lugar alrededor de mi cuello. Encaja cómoda y sagaz. Aliviando la noche de mi alma.

¿Seré yo la que está recorriendo el laberinto secreto de los gatos y los ratones?

Me despido de quién solía ser; semilla de sangre y huesos, confiada que al otro lado me recibirán, ya sea que caiga de pie o de cabeza. La cuerda se aprieta en el contorno de mi cuello. Es ahora. Cambiaré de piel. Soltaré mis cadenas. Me marchitaré en ceniza.

Cierro los ojos. *“Este será mi mayor acto de libertad”* pienso y salto al vacío.

Todo se ensordece hasta lo más profundo del océano. Todo se oscurece hasta en el horizonte más remoto que he conocido.

Me desprendo como el magma de la matriz, desde el fondo de la tierra húmeda. Salgo de las sombras. Veo luz al final de un camino. Escucho voces, ya no tan lejanas. Me ahogo justo en el umbral.

¿Cuántas veces habré recorrido este laberinto?

Caigo en las manos frías de un gigante. Mis latidos se agitan. La cuerda se afloja pasando a través de mi cabeza hacia arriba. Como quitándome un collar de plomo, se libera mi garganta de cristal.

Estoy sin aire. Entonces, recuerdo que todo comienza con mi propio llanto. Como tantas veces. Abro mi boca, redonda como la luna, mis pulmones se despliegan como plumas nuevas. Inhalo profundo. El aire fresco entra en mi cuerpo, como penetra el río en la selva virgen. Descubro el oxígeno florido. El estallido de mi llanto es tan fuerte, que se desprenden uno a uno los afilados glaciares colgantes dando paso a mi existencia.

Manos tibias me cobijan ahora. Suaves, como el canturreo de los pájaros al amanecer. Ya no escucho los latidos omnipresentes, sino voces cercanas.

Abro los ojos a lo desconocido. No veo la muralla roja. Canto libre junto a mi llanto. Soy la cosecha rebelde de esta erupción.

Estoy en el aterciopelado pecho de mi madre.

¡Ya está! ¡He nacido!

He nacido para ser libre.

Cierro los ojos y me duermo.

Quiero ver muchos más atardeceres como este.

SOBRE *HACERSE MUJER*

Esta publicación corresponde a la última etapa del Laboratorio de escritura autoral: feminismos, cruces y procesos. Un curso diseñado y desarrollado especialmente para la escuela de Postgrados de la Facultad de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile.

Cuando me propusieron la idea de hacer este curso, venía con un pie forzado: generar una publicación digital, un e-book, con el resultado de los textos desarrollados en él. Esto determinó el diseño y la progresión que debía tener el trabajo y cada una de las sesiones, pues teníamos el desafío de obtener este producto final. Quienes se inscribieron en el curso conocían de antemano esta condición y probablemente esto determinó su decisión de participar.

Dictar un curso o taller de escritura, aun cuando hayas impartido otros, siempre es un vértigo y un desafío. Es necesario generar un sistema nuevo donde las personas son el engranaje principal. No sirven los procesos o programas estándar debido a un problema fundamental: no es posible enseñarles a otras personas como ser una autor o autora o lo que la escritura es. Debe descubrirlo por sí misma.

Las posibilidades se juegan en el orden de lograr generar un espacio/tiempo, una atmosfera, donde el miedo se disipe y la creatividad fluya. Un espacio lo suficientemente íntimo, serio, seguro y al mismo tiempo desafiante, para que cada persona pueda conectarse con su propia voz y la escritura se presente.

Respecto al encargo particular de este curso de hacer una publicación, nunca definimos un tema. Una ruta trazada previamente nos llevaría a la meta. Inicio este camino siempre incierto apoyada en dos elementos: un detonante y la infalible escritura manual. Un detonante es un pequeño ejercicio para soltar la mano y es menester saber escogerlos de acuerdo con el contexto. El azar a veces ayuda. En el camino uno va inventando algunos y tomando prestados otros.

Coincidió el inicio de este curso con el episodio 8 del podcast Poetas Chilenas Contemporáneas en la librería del GAM, cuya entrevistada fue la escritora valdiviana Antonia Torres Agüero. De ella tomamos prestado su “me acuerdo” para extraer el primer hilo de estas escrituras.

“Los talleres tienen un poco el espíritu de dejar instaladas ciertas metodologías, tips, consejos, maneras, costumbres para que nadie deje de escribir nunca toda la vida. El ‘me acuerdo’ en ese sentido es muy importante porque tiene como pie forzado un texto maravilloso de Joe Brainard que es el ‘Me acuerdo’, que es una especie de autorretrato verbal en donde en el fondo cualquiera puede hacer un ‘me acuerdo’(...) Esa es una primera lección del taller: se puede hacer arte y se puede hacer literatura con elementos de la vida diaria y con elementos de la propia memoria”.

Precalentamos desde ahí. Los hilos que salieron de nuestro “me acuerdo” fueron complejizándose en un proceso que luego de este primer ejercicio subjetivo, estuvo cargado de decisiones formales, artísticas, éticas y estratégicas. Escribir es tomar decisiones en un naufragio.

La primera decisión fue si continuar con ese hilo, cambiarlo por otro, trabajar un proyecto personal, en el género que fuera, del tema que quisieran. Lo único que debían tener en cuenta era que, si queríamos llegar con un texto publicable en las sesiones que teníamos, debían trabajar sólo sobre ese texto. Sumergirse en él, descubrir sus capas, editarlo y prepararlo para defenderse en el mundo. Requería apasionarse.

Trabajamos con tesón según el plan. La ruta nos permitió dedicarnos a la escritura y otorgarle espacio a los desafíos que nos presenta y en los que se juega su rotundidad. Todas trabajaron arduamente y estoy segura de que dieron algo de sí en estos escritos. Hay sangre.

“Hacerse mujer” fue un título que surgió al final, en la última etapa del curso, luego de que cada una trabajara concentradamente sobre su texto. Durante el proceso hubo lecturas compartidas y devoluciones respetuosas, estrictamente constructivas. Cuando llegó el momento de leer los escritos terminados, todos juntos, debíamos prestar atención a la lectura general para escoger un título que representara el conjunto.

Prestamos atención al patrón, más allá de la diversidad de voces y temas particulares. Al hilo invisible que sostenía este trabajo irremediabilmente colectivo. “Hacerse mujer”

surgió como un binomio que resumía lo que palpitaba de fondo en estas propuestas y búsquedas escriturales.

Un crisol de géneros, voces, poéticas nos revelaba desde diferentes ángulos lo que significa crecer, culturalmente hablando, en Chile o desde Chile. Simone de Beauvoir llegó a través de la filosofía a sintetizar en una frase la construcción sociocultural de los géneros: “No se nace mujer, se llega a serlo”.

¿Y cómo se llega a serlo, en Chile? Podríamos preguntarnos. Los relatos que componen esta edición aportan un antecedente literario, local y contemporáneo a esta teoría.

Ser mujer en Chile, convertirse en una. Crecer aquí, en una familia chilena, de clase trabajadora. En una familia, como la mayoría, machista. En una familia de izquierda. En una familia tradicional. Amar, sufrir, sentir, pensar y escribir desde ese lugar. Los textos que integran esta publicación nos invitan a un recorrido cargado de imágenes y referentes culturales familiares. Constituyen una huella en nuestra (micro) historia nacional.

Les invito a leer y compartir esta publicación digital, libre y gratuita, que nos acerca a diez autoras chilenas actuales. Escrituras genuinas, diversas y únicas. Agradezco a cada una de ellas por haberme confiado el maravilloso trabajo de ayudarlas a descubrir, reconocer y afilar sus voces.

Naomi Orellana

Relatora del curso y editora



FACULTAD DE
COMUNICACIÓN
e IMAGEN

UNIVERSIDAD DE CHILE

2025